

UNA IDENTIDAD EUROPEA EN EL CAMPO DE LA SEGURIDAD*

Alejandro Cuerda Ortega
Capitán de navío.

Señoras y caballeros:

Para cuando recibí la invitación de UNIDIR (*Professor Serge Sur, Deputy Director*) de exponer a ustedes unos comentarios con mi personal punto de vista sobre «Una identidad Europea en el campo de la seguridad», he de confesarles que tuve serias dudas sobre si expresar a ustedes mi pesimismo, ya que hace algunos años tengo la impresión de que la Europa de nuestros días ha perdido su identidad.

El tema que se me ha pedido desarrolle es el de la identidad en el campo de la seguridad, pero yo entiendo que hablar de la identidad de Europa es hablar de lo que es sustantivo, lo que es esencial y permanente en ella, es decir, qué es Europa. Y una vez identificada la esencia de Europa, se podrá saber cómo orientar su defensa, su seguridad, o su política, su economía, su sociedad, o su cultura y todas cuantas actividades o aspiraciones tienen su razón de ser en ese concepto esencial o fundamento de Europa.

Dije, al principio, que tengo la impresión de que Europa se ha apartado de sus señas de identidad y de su esencia. Quiero con ello decir que hoy día es difícil identificar a Europa por su comportamiento, difícil reconocer en sus actuaciones la Europa que iluminó el mundo durante siglos. No defiendo que la historia universal sea solamente la historia de Europa, pero sí digo que la historia del mundo moderno está estrechamente vinculada con el pensamiento y conducta de los pueblos y naciones europeas en los últimos 500 años.

Estamos siendo testigos de demasiadas vacilaciones, indecisiones, de escasos acuerdos entre naciones en lo básico y esencial, de la ausencia de criterios comunes, de ideas compartidas, de excesivas demoras en dar solución a los problemas, en la aparente postura de que los conflictos lleguen por sí solos a extinguirse, —no importa a qué coste— o que algún otro país —aunque no sea europeo— anticipe su acción decidida y venga una vez más a salvar la cuna de la civilización y de la cultura occidental. Por mencionar un solo caso, bien doloroso y acusador: Bosnia. ¿Cuántos cambios de criterio y dirección llevamos ya?

En estos últimos años, nuestros políticos han demostrado su incapacidad para transmitir un propósito claro y falta de decisión a la hora de ponerlo en práctica. El continuo surgir de focos de inquietud, de conflictos y violencias obliga a concluir que el camino que llevamos no es el acertado.

(*) Conferencia pronunciada en la UEO, Caen (Normandía, Francia), septiembre de 1994.

La Europa de nuestros días —en mi opinión— es, en muchos aspectos, bastante desafortunada. Casi todas sus instituciones han fracasado de algún modo, con excepción de las dedicadas a los aspectos económicos. Aquí reside el motivo de su pérdida de identidad.

La economía es necesaria, es básica para la estabilidad y la evolución de la humanidad, pero no es en sí un fin y no debe ser «la única» aspiración de los gobiernos, sino tan sólo un instrumento. Si la preocupación y ansiedad por el desarrollo económico lleva al materialismo, al afán de poseer y acumular riquezas y comodidades, a eludir el esfuerzo no remunerado,... el ser humano cae en el egoísmo, la indiferencia ante los problemas ajenos, el rechazo de aspiraciones y metas más nobles; metas que inspiraron el esfuerzo de nuestros mayores para formar la gran comunidad en la que hoy vivimos y disfrutamos.

Dice Samuel Hungtinton que:

«El proceso de desarrollo económico y cambio social disocia a los pueblos de su identidad y debilita la esencia de la nación».

Creo que mucho de esto está sucediendo en Europa, que quizá está olvidando su esencia y su misión en el mundo.

Por otra parte, este vacío de identidad da rápida y fácil entrada a los movimientos nacionalistas que buscan la identidad amenazada, o pérdida, en raíces culturales más o menos reales, y a veces a fundamentalismos, en el caso de religiones profundamente arraigadas y que inspiran la estructura política de la nación.

La mentalidad de Europa, de sus políticos e instituciones, sigue aún apegada al afán momentáneo de eludir o superar los problemas políticos y de seguridad, que van surgiendo, sin analizar seriamente sus causas a la luz de los principios y valores fundamentales de la cultura occidental.

No quiere esto decir que el orden existente en Europa en el último medio siglo sea condeñable o tan siquiera erróneo, pero sí he de calificarlo como coyuntural y extraordinario. Todos ustedes saben a qué me refiero; y es a aquellos años treinta de nuestro siglo en que surge el gran perturbador occidental, que provoca la Segunda Guerra Mundial, luego prolongada por un largo período de tensiones y amenazas conocido como guerra fría.

Todas las organizaciones y actitudes entonces adoptadas están asumidas. Fueron necesarias para salvar nuestra civilización y desde aquí, desde estas tierras de Normandía donde se encendió la llama de la esperanza, rindo homenaje a tantos hombres que lucharon con todas sus fuerzas —y especialmente a los que dieron su vida— para salvar esta Europa milenaria. Gracias a ellos, otros millones de hombres y mujeres pudieron volver a reconstruir sus hogares en la Patria liberada y comenzar de nuevo. Y gracias también a los que más tarde, y durante 50 años, se esforzaron con ingenio y decisión para enfrentarse a la amenaza de una destrucción masiva.

Pero, repito, el orden que crearon fue la necesaria respuesta a unas circunstancias extraordinarias. Afortunadamente, esas circunstancias ha desaparecido. Europa ya no está amenazada por un caos destructor; sin embargo está desorientada, sin encontrar su norte y por tanto sin saber a donde ir o como organizarse. Decimos, los hombres de mar que «no hay vientos favorables para el que no sabe a dónde ir».

Esta reunión, como tantas a las que ustedes y yo hemos asistido en los últimos años, está llena de preguntas sin una clara respuesta.

Se habla de un nuevo orden mundial y surgen ideas, foros y organizaciones; demasiados organismos, nuevos o renacidos, con competencias que se interfieren; se convocan continuas reuniones sobre seguridad mientras, desde hace ya más de dos años, mueren centenares de miles de europeos en nuestro suelo. Las palabras de advertencia y amenaza de nuestros políticos e instituciones oficiales marcando límites al genocidio bosnio convencen poco o nada a los líderes serbios y muchas veces tampoco a nosotros; esta falta de prestigio permite voces de odio contra esta vieja Europa que enseñó a caminar a medio mundo.

Las relaciones islámicas han dejado de creer en los valores de la cultura occidental y rechazan —o tienden a rechazar— nuestra civilización por medios que cada vez son más violentos. Al lado de los avances técnicos y económicos han detectado los males del egoísmo; han visto cómo se han desarrollado armas de destrucción masiva, cómo se disuelve la familia, cómo se suprimen los hijos no nacidos o se prescinde prontamente de los que llegan a una cierta edad; han visto el estrago de las drogas, del alcohol, del sexo, y han percibido la ausencia del sentido de hermanidad, tan común en ellos. Para muchos, ya Europa es sólo un lugar de enriquecimiento al que quieren llegar pero no integrarse.

Y los jóvenes intelectuales africanos que han estudiado en universidades europeas aprendieron sólo una ciencia reticente en lo ético y en lo religioso, una creencia orientada a la explotación económica, corta en inspiración moral. Para ellos persiste simplemente la opción entre marxismo y positivismo, pero ninguna de las dos filosofías es capaz de edificar una sociedad en la cual libertad y derecho estén unidos entre sí de manera significativa. Ese furor contra Europa que se expande hoy de forma creciente por el Tercer Mundo tiene aquí sus raíces más profundas.

Permítanme que les diga mi parecer; no hay que buscar ningún nuevo orden ni esperar ideas milagrosas. El orden que necesitamos es el viejo orden, tantas veces interrumpido, que emana de la esencia y las fuentes que alimentaron y formaron esta gran continente, que ha sido depósito de la cultura occidental y faro del mundo durante siglos.

El nuevo orden europeo y mundial no puede surgir automáticamente con la caída del comunismo, ni Europa ha de esperar que, una vez más, Norteamérica marque las reglas y abra el camino; pero peor aún es que esa imaginaria espera sea excusa para el egoísmo.

Europa se pasa más tiempo estudiando soluciones de compromiso para los problemas de política exterior que el que tendría que dedicar si quisiera desarrollar una estrategia y establecer la adecuada maquinaria para dirigirla.

Ha dicho Vaclav Havel, ex presidente de Checoslovaquia:

«Lo que busca y necesita Europa está más allá del racionalismo científico y del progreso material».

Probablemente más acuciado por la necesidad de una Europa ordenada y pacífica que nosotros mismos, que descansamos en la comodidad de un mundo desarrollado aunque desorientado; y yo coincido plenamente con él, pues esto es lo que trato de expresar a ustedes cuando aquí digo que Europa ha de reencontrar su esencia y su identidad.

La verdadera Europa, como ustedes saben, tuvo sus orígenes en las tres concepciones del grupo humano que nacieron por separado en Grecia, Roma y la cristiandad. En Atenas (Sócrates, Platón, Aristóteles y sus discípulos) abrieron el mundo de la metafísica y enseñaron al hombre a razonar, nos transmitieron los principios más elevados de la naturaleza del ser humano, del pensamiento, de la belleza y de la existencia, de los atributos de Dios, de lo que es moralmente bueno o malo, del sentido del deber y de la libertad del hombre.

Roma, con su derecho y su aspiración educadora, reguló las relaciones entre los hombres en todos los campos del comportamiento humano. Estableció las bases y principios de la ley que señala las obligaciones del hombre, sus derechos y libertades. Puso al alcance de los jueces y de los hombres, en forma práctica, la metafísica de los filósofos griegos. Derecho romano que ha llegado a nuestros días.

Finalmente, el cristianismo inspiró la conciencia humana y marcó al hombre las responsabilidades y consecuencias, ante el Ser Supremo, de su razonamiento y su conducta, y le mostró el uso correcto de su absoluta libertad de acción. Durante siglos, la fe cristiana ha formado al hombre en la libertad, en la igualdad y en el comportamiento con sus semejantes. Los derechos del hombre tienen su razón de ser principalmente en la consideración del prójimo como ser semejante a Dios.

Europa ha encontrado en la fe cristiana, durante siglos, los valores que la sostienen y dan fundamento a la dignidad del hombre. Hoy, intenta desvestirse de su propia historia y declararse neutral respecto a la fe en Dios, para llegar así a una tolerancia sin límite ni frontera al no aceptar nada como absoluto, ni verdadero ni condenable. Esa libertad sin ética conduce a la anarquía.

Europa no puede privarse de todo fundamento cultural, porque esto sería el fin de su gran herencia de dignidad.

No puedo evitar recoger aquí las certeras palabras del Papa Wojtyla al Parlamento de Estrasburgo:

«Es mi deber subrayar con fuerza que si el substrato religioso y cristiano de este continente fuese marginado en su papel inspirador de la ética y en su eficacia social, no sólo sería negada toda la herencia del pasado europeo, sino que también estaría gravemente comprometido un futuro digno del hombre europeo, quiero decir, de todo hombre europeo, creyente o no creyente».

Durante siglos, los pueblos de Europa, cada uno a su forma, han construido su cultura y sus leyes sobre estos valores, y todos ellos juntamente, han edificado así los cimientos y los muros maestros de Europa. Quiero aquí recordar, con admiración y gratitud, a tantos hombres que se esforzaron por esa construcción —nunca terminada— de una gran Europa; entre ellos he de citar, por más próximos a nosotros, a Adenauer, Schumann, De Gasperi y De Gaulle.

Sus sucesores, muchas veces dan la impresión de carecer de una visión espiritual y cultural de nuestro continente, o quieren refugiarse en la burocracia y la economía por no atreverse a reconocer el alma cristiana de Europa.

Pero la constante de fondo de la identidad europea es la religión cristiana, y «la negación y olvido de lo que constituye la cuna espiritual de nuestra comunidad es uno de los aspec-

tos esenciales de las tragedias del siglo XX» (según piensa François Furet, que no profesa religión alguna, por lo que su juicio tiene todo el valor de la libre reflexión de un intelectual ponderado). No olvidemos que fascismo y comunismo fueron igualmente movimientos anticristianos, como nadie puede ignorar el papel decisivo del firme catolicismo polaco en la caída del régimen comunista. Dice Bronislaw Geremek (1).

«En Polonia, la Iglesia católica era el punto fuerte de la resistencia anticomunista, pero no se puede restringir su poder de atracción al aspecto político. Los jóvenes que participaban en masa en las procesiones no se sentían atraídos por la política sino por la religión y por el sentimiento de la comunidad de espíritu. En 1982, durante el período de la ley marcial, el aparato del propaganda comunista recurría a la tradición pagana europea —al igual que una cierta derecha— tratando de destruir ese íntimo vínculo entre espíritu europeo y cristianismo. No hace falta añadir que se trataba de una propaganda completamente ineficaz e incapaz de hacer disminuir la influencia espiritual de la Iglesia».

Surgen también, en todo el continente, los nacionalismos excluyentes y las llamadas a la pureza étnica. Este síndrome de la homogeneidad étnica es —según muchos pensadores— la amenaza más grave para la sociedad; y el Tratado de Maastricht abre puertas a esa inquietud y amenaza propugnando «La Europa de las Regiones»...

Esta Europa de hoy, por la que se extiende una estructura de pasividad y desconfianza, es culpable de esta situación. No digo que actúe de forma intencionada pero sí que ha vuelto la espalda a sus valores esenciales y a su tradición cultural. Le falta energía y decisión para enfrentarse inmediatamente a los problemas que le surgen en su propio suelo o en un mundo que tiempo atrás estaba bajo su protección. Es incluso débil para, cuando menos, hacer oír su voz. En el problema de Oriente Medio, por ejemplo, la política de Europa ha sido frecuentemente un ejercicio de frustración. Una nación como Israel, tan físicamente próxima, próxima también en concepción política, formas de vida, historia,... y en donde Europa no ha podido o sabido hacer nada, ni siquiera dejar oír su voz. Recuerdo el relato de un alto cargo de nuestro Ministerio de Asuntos Exteriores sobre su visita oficial a Israel, hará un par de años. En su conversación con el primer ministro israelí, y al preguntarle qué podría hacer España en bien de la solución del preocupante problema allí existente, le contestó:

«Ustedes, los europeos, no tienen nada que hacer aquí».

Es decir, Europa no tiene nada que hacer en una región próxima que se encuentra en permanente situación de conflictividad, situación que, por otra parte, tiene sus orígenes en la propia Europa y supone una amenaza para la paz mundial.

Me pregunto para cuándo esa anunciada Política Exterior y de Seguridad Común (PESC) si sigue en la desorientación en que actualmente se encuentra.

Aristóteles señaló hace unos 2.400 años que el fin de la política no es ni la riqueza, ni ganar guerras, ni tener poder, sino, sencillamente, ser felices todos juntos; y esto no parece posible sin un sentimiento comunitario.

(1) *La democracia en Europa*, Dahrendorf, Geremek, Furet. Alianza Editorial.

Siguiendo la reflexión de J. Ratzinger, Europa no puede entregar su orientación a la decisión de los organismos oficiales ni solamente al voto de la mayoría. Los intereses vitales, los principios básicos no son, no pueden ser, el resultado de la opinión mayoritaria; de ese modo, se canoniza el derecho del más fuerte, la mayoría se convierte en la única fuente del derecho, la estadística se elige en legislador. Esto equivaldría a la autoeliminación de Europa. Podría llegarse incluso a someter a votación los derechos del hombre; pero eso repugna a la mente. Europa, como cualquier ser humano, necesita establecer unas firmes creencias, unos principios inmutables, unos intereses vitales inamovibles, contra los que nadie pueda blasfemar, sean o no del agrado de la mayoría; un código ético que nadie pueda incumplir; y seguir ese código de conducta con valentía y decisión en bien de la propia Europa y de la entera humanidad. Así, será nuevamente respetada.

Es necesario hacer un llamamiento a los pueblos de Europa para unirse de nuevo alrededor de los valores espirituales, culturales, vitales de este continente. Se oyen demasiado voces divergentes, nacionalistas, que siembran la inquietud, faltas de un proyecto común en la historia. Piensen en los movimientos racistas en Alemania, el Frente Nacional Francés, Las ligas italianas, el Frente Flamenco en Bélgica, las tendencias separatistas de catalanes y vascos en España, los odios raciales en la ex Yugoslavia,... por mencionar algunos.

Se ha difuminado u ocultado —muchas veces intencionadamente— el sentimiento de Patria, de raíces seculares mucho más profundas que el de Nación. En ese sentimiento, que despierta lo que hay de más noble en el alma humana —como ocurre con la idea de hogar o familia— están las tradiciones, los esfuerzos de unos antepasados que lucharon por establecerse y defender un suelo común, la historia pues, los preceptos y normas transmitidos de padres a hijos, de generación en generación,... todo eso por lo que vale la pena luchar.

Es algo más intenso en el alma que la nación, que es conjunto de hombres con un gobierno común y unas cifras y datos sobre sus capacidades de producción y comercio. Y, desde luego, mucho más que el Estado, que, a mi entender, es tan sólo la estructura política de la nación. Los Estados no son bienes perennes; sí lo son la libertad, la solidaridad y la Patria. El Estado puede imponer e incluso someter, pero no puede ir contra la naturaleza humana.

He de admitir que mis esperanzas de que Europa, los europeos nos levantemos a la llamada del reencuentro con nuestras esencias, nuestras raíces culturales, nuestros principios éticos, la solidaridad, el sentimiento generoso comunitario, las metas nobles de la inspiración cristiana,... son muy escasas —por no decir nulas— si este despertar supone prescindir de riquezas y comodidades.

Espero que los futuros historiadores de los finales del siglo XX no tengan que decir que las democracias europeas llegaron a tal debilidad que fueron fácilmente sustituidas por gobiernos autoritarios.